

INTRODUCCION: Nutrición y Salud en Areas Urbanas

*Claudia P. Sánchez-Castillo¹ y Boris Graizbord²
Instituto Nacional de la nutrición Salvador Zubirán y el Colegio de México*

América Latina, al igual que otras partes del mundo, se urbaniza de forma acelerada. La población de algunos países y los problemas que los aquejan son eminentemente ciudadanos. Los diagnósticos y recomendaciones derivados de las ponencias que aquí se agrupan en el área de nutrición y salud, así como los aspectos relevantes que se desprenden de los trabajos incluidos en el área de ciencias sociales relativos a problemas de alimentación de las poblaciones metropolitanas llevan implícita la importancia de este proceso, que parece irreversible, del crecimiento urbano. Sin embargo, aún en épocas recientes, los grupos humanos de elevados niveles de urbanización, con avances tecnológicos muy complejos que parecen separarlos de su entorno y reducir drásticamente la "fricción" de la distancia, están condicionados y sujetos al medio que los rodea. Esta relación desde luego no puede verse de manera simple o directa; está mediada por la historia y la evolución de la sociedad en términos de su forma de organizarse económica y políticamente. El reconocimiento de estos hechos y de la interdependencia biosocial ha inspirado la realización del II Taller Latinoamericano sobre Nutrición y Salud en Areas Urbanas.

En este número de Archivos Latinoamericanos de Nutrición se reúne un conjunto de trabajos que por invitación expresa se expusieron en este taller ante los participantes-que en más de 200 compartieron en las mesas de trabajo y ocuparon el auditorio del Centro Interamericano de Estudios sobre Seguridad Social (CIESS) durante la semana del 2 al 6 de marzo próximo pasado en la Ciudad de México.

Se han incluido además en esta edición los resúmenes y un análisis global de los 71 trabajos inscritos que se exhibieron en carteles, un informe que describe las características, los objetivos y el papel que juegan las fundaciones nacionales e internacionales que asistieron al Taller, una síntesis del resultado obtenido en las mesas de trabajo para el fortalecimiento metodológico en la elaboración de proyectos y una descripción del método Zopp que guió los trabajos. Finalmente, se incluye un directorio de participantes y la lista de los patrocinadores del evento.

Los trabajos del Taller muestran con claridad que en efecto existen múltiples puntos de contacto y superposición en los intentos de los científicos del área biomédica y nutricional y los del área social por explicar y resolver aspectos de nutrición y salud en áreas urbanas. Uno de los más importantes, creemos, es la equidad social como precondition para resolver los problemas alimentarios y de bienestar en general que afectan a las poblaciones urbanas de los países en América Latina. Otro tiene que ver con la necesidad de referir los fenómenos que se analizan por métodos distintos aunque con técnicas muchas veces semejantes- a situaciones y dinámicas demográficas, económicas y políticas particulares. Así, si bien es posible generalizar y construir niveles de referencia sobre nutrición y salud, éstos no pueden sostenerse más que como tales. Cada lugar, región o país requiere ajustes en las normas internacionales y exige una definición operativa de los términos para describir y explicar las necesidades sociales y los estados de nutrición y salud de su población. Esto lo apuntaron los científicos sociales y los especialistas en ciencias biomédicas que se encargaron de informar de la situación nutricional y de salud en algunas grandes urbes de este subcontinente.

Un aspecto más que también a nuestro parecer quedó claramente expuesto -relacionado con lo anterior y a pesar de divergencias

¹ Vasco de Quiroga No. 15, Tlalpan 14000. México D.F.

² Camino al Ajusco 20, Col. Sta. Teresa 01000, México D.F.

INTRODUCCION

más de tipo procedual que de fondo- es la necesidad de incorporar a los modelos de intervención criterios que aseguren mayor eficiencia y eficacia. Estos criterios son los mismos que se discuten en la teoría de la planeación: por un lado, soluciones integrales y, por otro, capacidad discriminatoria y selectiva. El primero se refiere, en nuestro caso, a que si bien los problemas de nutrición y salud no son iguales en el campo que en la ciudad, su solución no puede ser excluyente de alguno de estos ámbitos. Además, que al abordarlos es necesario considerar aspectos sociodemográficos, económicos, políticos y culturales que caracterizan a la población y que determinarán o al menos condicionarán los resultados esperados. El segundo, enfatiza la necesidad de abandonar propuestas de política de carácter universal y que implícita o explícitamente consideran a las poblaciones y los lugares como homogéneos e intentan reducir o eliminar diferencias geográficas y sociales.

Para lograr consistencia interna y coherencia en las acciones se señaló la importancia de poner en perspectiva y cruzar estas consideraciones en cualquier modelo o estrategia de acción: es necesario, tomar en cuenta a los distintos grupos etarios: niños, mujeres, ancianos, etc. Estos a su vez habrán de ubicarse socialmente según sus ingresos y ocupaciones pero también geográficamente en ciudades (grandes, medianas o pequeñas y dentro de éstas en las áreas centrales o viejas y en las suburbanas o nuevas) o en el campo (y éste distinto si se trata de regiones periféricas tradicionales, aisladas o no, o bien integradas y modernas).

Pero quedan otros aspectos: el vector de atributos no se agota sólo con las variables demográficas, debe incluir variables sociopolíticas que, si bien están implícitas en las primeras, es necesario especificar y hacerlas operativas. Además, la matriz de información no es suficiente en un solo plano; habrá que considerar la temporalidad de los fenómenos pues los lugares, las regiones, y las comunidades son susceptibles de verse influenciadas exógenamente y cambian y se transforman de manera continua.

A continuación destacamos en forma sintética lo que a nuestro juicio son las principales conclusiones que se desprenden de los trabajos que se presentaron en el Taller y que creemos pudieran servir como elementos de un modelo analítico de la situación nutricia y de salud de las poblaciones urbanas en América Latina. Consideramos que ya todos los trabajos se han discutido a lo largo del taller por todos los participantes de manera amplia y brillante.

En el primer artículo, O'Donnell señala estas relaciones con claridad al exponer los problemas y las causas de la mortalidad y la morbilidad en el contexto de la urbanización argentina. En efecto, la urbanización es un proceso que parece irreversible y, si bien ha traído beneficios, también se ha visto acompañado de costos sociales que se expresan, entre otros, en los niveles de salud y alimentación de la población. En efecto, casi la totalidad de alimentos que consume la población se adquieren en el circuito comercial y están expuestos a las fluctuaciones del mercado. La situación económica cada vez más crítica en los años de la llamada década perdida se expresan en el costo de la canasta familiar que con un salario cada vez más débil es necesario adquirir. Así, estudios sobre nutrición y salud en Argentina, pero también en los demás países representados de la región, apuntan un deterioro y una situación más o menos crítica de la población trabajadora de las grandes ciudades: deficiencias de hierro en niños menores de 2 años; bajo consumo de ácido ascórbico en la población infantil; ingestión deficitaria de calcio. Y aún cuando la deficiencia alimentaria no parece ser común en el medio urbano, las enfermedades que resultan de hábitos alimenticios inadecuados o de estilos de vida sedentarios son cada vez más importantes en el cuadro de morbilidad y de mortalidad por causas que conforme pasa el tiempo asemeja a las poblaciones urbanas de nuestros países a las de los industrializados y desarrollados del occidente.

Coinciden casi todos los autores con O'Donnell en la necesidad de poner atención a la prevención de enfermedades cardiovasculares y degenerativas en general. Esto remite a la consideración de la calidad de vida y, por ende, a los problemas del medio ambiente, la pobreza y la educación los cuales, están casi todos de acuerdo, serán los grandes temas de los años por venir. Los especialistas, principalmente aquellos que intervienen en el sector salud de manera directa, llaman la atención de las agencias internacionales (AI) y de las organizaciones no gubernamentales (ONG) para ajustar su visión y sus prioridades a esta realidad urbana en nuestro continente -sin descuidar por supuesto a las comunidades rurales donde la pobreza extrema persiste. Al interior de los países las acciones deberán comprender a los diferentes sectores: salud, educación, desarrollo económico, urbano, etc. e incorporar investigaciones de las ciencias sociales y humanas para asegurar su efectividad.

Atalah, en su análisis de la situación en Santiago de Chile, descubre algunas paradojas: por un lado, los problemas nutricios por déficit en la población infantil (menor de 6 años) han disminuído, mientras que existe inadecuado acceso a los alimentos en amplios sectores poblacionales lo que se manifiesta, entre otros, en el déficit de talla de la población en edad escolar, así como en anemia ferropírica que, dice el especialista, constituye un problema de salud pública. Asimismo, mientras que la desnutrición tiene una alta prevalencia en los adultos mayores (65 y más años), en el adulto predominan -al igual que en las grandes urbes de todo el mundo- las enfermedades nutricias por exceso-que predisponen a patologías crónicas y degenerativas.

Cabe señalar que se reconoce por todos los especialistas participantes el papel fundamental que han jugado los programas de alimentación materno infantil. La educación es para estos programas y para la prevención de enfermedades del adulto o la desnutrición del senescente un ingrediente fundamental en toda política económica y social de formación de capital humano y de

equidad. En pocas palabras, se trata de un problema de desarrollo. Pero la mayoría está de acuerdo que existen limitantes económicas, administrativas y políticas para responder íntegramente a ello.

Son las grandes metrópolis brasileñas, quizá, las que de manera abrumadora exhiben los problemas de pobreza urbana. **Vanucchi y Dutra de Oliveira** se refieren a los grandes aumentos de población que ocurren en las favelas de la periferia de las regiones metropolitanas. La tasa anual de crecimiento alcanza valores muy elevados que si se mantienen por largos períodos tienen consecuencias críticas en los niveles de equipamiento urbano, el aumento de tensiones sociales, criminalidad y deterioro significativo de los sistemas sanitario y nutricio. Las diferencias entre grupos sociales y entre áreas urbanas crecen en detrimento de las mayorías; aumentan los déficit alimentarios y las tasas de morbilidad y mortalidad por estas causas afectando a la población infantil. Frente a estos problemas, relacionados con aspectos socioeconómicos de la población, surgen otros por el lado de la oferta: preservación y almacenamiento deficientes de alimentos, normas inadecuadas de higiene, procesos industriales inconvenientes y muchas veces atentatorios a la salud de los habitantes urbanos.

Lara señala, para el caso venezolano, un retroceso a situaciones superadas años atrás que, sin embargo, presenta diferencias fundamentales debidas a la modificación de la ubicación geográfica de la población. Así, mientras que la deficiente disponibilidad de alimentos actúa ahora como condicionante de la desnutrición debido a la menor capacidad adquisitiva de sectores crecientes de población -mayoritariamente urbana-, treinta años atrás era la falta de capacidad productiva -de la población rural- el determinante fundamental. La migración, pues, y los migrantes a las ciudades, han presionado los sistemas de salud y abasto primitivos o tradicionales. Al mismo tiempo, se ha “colonizado” la cocina local, regional o nacional y se han difundido formas de mercadeo y sistemas de abasto que reflejan la cultura de migrantes internacionales, que se manifiestan prístinamente en los patrones culturales que difunden los medios masivos de comunicación.

Costa Rica, nos dice **Murillo**, no ha escapado al fenómeno del acelerado crecimiento y concentración de la población, al grado de que 60% del total del país se localiza en el valle central, característicamente urbano. Sin embargo, señala esta autora que es la alta prevalencia de infecciones parasitarias endémicas una de las principales preocupaciones de salud pública. Esto apunta -como concluye la autora- a inadecuadas condiciones higiénicas y a una deficiente infraestructura física (agua, drenaje) así como de servicios públicos (principalmente recolección de basura). En consecuencia, esta especialista propone intervenciones focalizadas e intensas que mejoren el bienestar de la población urbana “marginada” de su país.

Plasencia y Grillo se encargan de describir los logros alcanzados en el estado nutricional y en algunos indicadores de salud en Cuba ante una situación de asedio debida al bloqueo estadounidense. Contrariamente a otros países latinoamericanos, nos dicen, en Cuba “la gran mayoría de la población recibe 72% del aporte energético proteico a través de raciones diarias que garantizan la alimentación social”. Sin embargo, y a pesar de que “en los últimos 30 años la dieta ha sido mejorada constantemente”, persisten hábitos alimentarios que dan lugar a problemas nutricios que inciden en las causas de muerte de la población. Se mantuvieron, además, algunos tabúes alimentarios entre grupos de población que inhiben su consumo y en consecuencia afectan el estado nutricional de los infantes al tiempo que se eleva el consumo de azúcar, sal y grasas saturadas. En fin, en Cuba también, la “forma de vida” tiene impacto sobre la salud y nutrición de la población que al igual que en otros países debe mejorarse a través de programas educativos y de conciencia pública.

Mendoza describe, en el contexto económico y cultural de Guatemala, las carencias en salud y nutrición de la población de su país. Indica que en la población infantil las causas principales de mortalidad y morbilidad -como es característico de las regiones “pobres”- son las infecciones del aparato digestivo y respiratorio. Y, aunque hay poca información de la situación nutricional en adultos jóvenes y de toda la población de estratos socioeconómicos medios y altos, es posible afirmar que existen diferencias sociales y geográficas: “los habitantes de la ciudad de Guatemala parecen tener un mejor estado nutricional en comparación con el área rural de la región y del país”.

Por su parte, **Bourges** hace notar que de las ocho urbes analizadas, la Ciudad de México es la más antigua y la que más ha crecido últimamente y que en sus casi 700 años de existencia varias veces ha sufrido la sobrepoblación debida actualmente a un proceso de urbanización acelerada por la migración de los habitantes del medio rural a la ciudad. Esto, señala **Bourges**, propicia cambios alimentarios con pérdida de fibras y almidón en la dieta y enriqueciéndose en cambio en sodio, sacarosa, colesterol y ácidos grasos totales y saturados, lo que favorece el desarrollo de enfermedades crónicas-degenerativas cada vez más frecuentes en nuestro medio.

Como puede verse, excluyendo a Cuba el nivel de desarrollo (la urbanización y la industrialización) define los problemas de salud y nutrición así como las pautas o hábitos de consumo de las poblaciones. Asimismo, se pone en evidencia la importancia de los problemas urbanos en cuanto a prioridades de política sectorial (salud, educación) y económica.

Los trabajos presentados por los científicos del área social nos invitan, a reflexionar sobre las distintas posibilidades de intervención y las condiciones o requisitos para alcanzar el éxito. Constituyen diagnósticos profundos sobre la situación, indican

INTRODUCCION

causas e identifican aquellos elementos de política que deberían considerarse en las estrategias de desarrollo y en las acciones tendientes a mejorar el estado de salud y las condiciones de nutrición y, por ende, los hábitos de consumo de las poblaciones urbanas.

En un trabajo que sirve de referencia al enfoque social de los problemas de salud y nutrición, **Hewitt de Alcántara** nos recuerda que durante la última década las sociedades de los países de América Latina resintieron el impacto de una profunda recesión que se vió acompañada por políticas de reordenación macroeconómica (eliminación de subsidios a productores y consumidores, entre otras medidas) y de reestructuración institucional (apertura comercial y privatización) que afectaron sobremanera la vida de toda la población. La autora aclara que no todos los grupos sociales urbanos sufrieron el cambio de la misma manera, lo cual modificó diferencialmente su acceso a la alimentación.

Los indicadores generales (como cambios en los precios al consumidor, la caída del salario real, la proporción de ingreso destinado al consumo de alimentos, etc.) si bien permiten adentrarnos en esta problemática, encubren circunstancias particulares de los diferentes grupos -unos más vulnerables que otros- y tipos específicos de respuesta a la crisis.

Con esto en mente, la autora define como "sistema alimentario" [urbano] el conjunto de estrategias familiares y comunitarias que se condicionan por una red de relaciones económicas, sociales y políticas que incluyen desde el productor agrícola hasta el consumidor urbano o rural. Cualquier acción, concertada o no, deliberada o no, de alguno de los agentes sociales en su papel de productores o de consumidores, afectaría, por tanto, las opciones de los integrantes de este sistema. Es obvio, nos dice la autora, que el Estado constituye un elemento central en el contexto macrosocial que condiciona las opciones de alimentación, especialmente de los grupos sociales más vulnerables. Sin embargo, sus acciones no están libres de inconsistencias y dilemas distributivos que han dado lugar a organizaciones civiles y han movilizad a los grupos afectados. Para **Hewitt de Alcántara** es a través de estas acciones como los grupos locales más o menos afectados en sus niveles de ingreso han podido, a partir de estrategias de aprovisionamiento, enfrentar la crisis de los ochenta.

El problema, nos dice finalmente, es que por un lado la población tiene un número reducido de opciones: "asegurarse de manera privada un ingreso familiar adecuado, organizarse en grupos de ayuda mutua [...] o depender de la caridad". Por el otro, la globalización y la necesidad de reestructuración económica "fijan límites reales al papel que puede asumir el sector público dentro del sistema alimentario de los países latinoamericanos".

El futuro no parece halagüeño. Si la tasa de crecimiento de la población urbana se mantiene estable durante los próximos treinta años, tendremos, nos dice **Lunven**, más de 3400 billones de personas viviendo en ciudades, lo cual representa más del 50% de la población mundial. El fenómeno traería consigo problemas que parecen insuperables para los países en desarrollo, que son los que más crecen. No se tienen ni los medios ni los recursos necesarios para hacerles frente; se afecta la producción agropecuaria al imponerse un modelo alimentario que desecha alimentos tradicionales; las ciudades ocupan tierras agrícolas, consumen agua que extraen de cuencas lejanas, así como otros productos o recursos naturales, entre los que se incluyen los forestales, todo lo cual contribuye a deteriorar el medio natural y, hemos visto, las condiciones ecológicas del planeta.

La propuesta de **Lunven** se dirige a diseñar políticas realistas que abarquen el problema en su totalidad. Toma como antecedentes y referencias las misiones de la FAO en diversos países en Africa, Asia y América Latina, presentando una interesante síntesis de los problemas, las estrategias de intervención y sus limitaciones. A partir de esto concluye que si bien es necesario crear infraestructura urbana adecuada, tomar medidas de política fiscal y monetaria, educar a la población y capacitar recursos humanos, es imprescindible empezar por revitalizar el campo.

Christen, por su parte, se refiere concretamente a un ejemplo de intervención en Cucuta, Colombia, en la frontera con Venezuela. El proyecto se diseñó teniendo como propósito iniciar un proceso que llevara a la comunidad a una situación de crecimiento autosostenido. Para ello se contempló la siguiente estrategia: la venta, a un precio muy reducido, de una canasta de alimentos; la identificación de familias a las que se compensaría con una canasta por algún tipo de trabajo que realizara alguno de sus miembros y, en tercero, y con carácter comunitario, a la creación de un fondo de crédito rotatorio, formado con los ingresos obtenidos a través de la venta de estos alimentos, que sirviese para apoyar la implementación de pequeños proyectos productivos (microempresas), así como para la adquisición de materiales de construcción y para obras de infraestructura social.

Los resultados fueron exitosos. **Christen** reporta que al término del proyecto funcionaban más de 170 microempresas. Se logró así no sólo que las familias fuesen autosuficientes sino productivas. De hecho, nos dice el autor, paradójicamente el proyecto de emergencia implementado por la agencia del Programa Mundial de Alimentos (PMA) en Cucuta "se inicia realmente como proyecto de desarrollo en el instante en que termina el período de ayuda alimentaria del PMA como tal".

Otra forma de intervención, además de la que se dá a través de agencias internacionales es la que pudiera resultar de las organizaciones no lucrativas o no gubernamentales (ONL u ONG). **Reiner** describe cuales son sus alcances; que tipos, por qué y

para qué son importantes estas organizaciones; cuál es el impacto que pudiera tener su participación en la solución a los problemas de nutrición en áreas urbanas frente a otras organizaciones; qué puede esperarse y cómo podría definirse esa participación para, finalmente, terminar su breve artículo con una reflexión, a partir de experiencias concretas, de la posibilidad de que las ONLs trabajen con el estado en algunos proyectos específicos y las posibles consecuencias que pudieran derivarse de esta colaboración.

El análisis de la pobreza se vincula -se basa- en el análisis de la pobreza alimentaria en particular. Boltvinik se refiere a los aspectos conceptuales para integrar teóricamente problemas como la desnutrición, el subconsumo y las necesidades alimentarias. Para ello intenta una integración teórica entre el concepto de “entitlements” desarrollado por Sen (1981) en Poverty and Famines, Oxford, y las formas de acceso a satisfactores y fuentes de bienestar del hogar.

En efecto, un análisis de la evolución y alcances de la pobreza en nuestros países en las últimas dos décadas tiene que complementarse con el análisis de las características sociodemográficas de los hogares y la asociación entre el proceso macroeconómico y la incidencia de la pobreza alimentaria. Boltvinik hace referencia a sus propios trabajos en donde traduce estos conceptos a variables empíricas. No se trata -nos dice- de referir la pobreza alimentaria a cantidades de alimentos pues es necesario “distinguir entre la necesidad humana de alimentación y la necesidad alimentaria del animal, de lo cual se deriva la distinción entre pobreza alimentaria y nutrición deficitaria” (subrayado nuestro). Cabe igualmente señalar que la alimentación en el ámbito urbano, principal pero no exclusivamente, se satisface por la vía mercantil, lo que permite concluir que el déficit de esta fuente de bienestar se explica por el ingreso familiar o de los hogares donde -apunta- el concepto de entitlements” o “titularidades”, es decir, “la habilidad [derechos] de las personas para controlar alimentos [en otros bienes] a través de los medios legales disponibles en una sociedad [y, quizá, costumbres ancestrales no necesariamente institucionalizadas en la Ley], incluyendo la producción, distribución o comercialización de éstos...”, es particularmente fructífero. Aquí, desde luego, se pueden incluir costumbres familiares en donde los miembros tienen o se asignan derechos para disponer de los alimentos por sobre el resto de la familia. En otras palabras, en condiciones limitativas de pobreza extrema y como parte de una estrategia de sobrevivencia el padre o los miembros masculinos, por ejemplo, tendrán derecho a la mejor parte por sobre la madre y los demás miembros femeninos de la familia. De aquí que el señalamiento de Boltvinik de vincular en el análisis las características sociodemográficas de la población cobre suma relevancia.

En fin, la importancia de estas consideraciones macrosociales y antropológicas en la medición de la pobreza no pueden soslayarse.

Hernández Laos nos presenta un modelo prospectivo “para erradicar la pobreza en México” en el que la medición correcta del fenómeno define las posibles conclusiones e interpretación de los resultados. Hace referencia a varias definiciones de pobreza utilizadas por diversos organismos que han intentado medirla, como el concepto de necesidades básicas y el de línea de pobreza. Todas parten de la capacidad de los hogares para satisfacer necesidades esenciales. Hernández Laos destaca la diferencia entre insuficiencia de ingresos de los hogares y desigualdades sociales en la distribución del ingreso, como determinantes de la pobreza y, por tanto, de la adquisición de bienes alimentarios.

En base a esta distinción el autor propone tres escenarios prospectivos de largo plazo (al año 2007) mediante los cuales podría eliminarse la pobreza en México. La diferencia entre éstos radica precisamente en la forma de combinar el crecimiento económico -que pudiera influir en el ingreso familiar- y la distribución del ingreso de los hogares o equidad, todo ello en el contexto de la apertura comercial del país y la inminencia del Tratado de Libre Comercio (TLC) que afectaría directamente la producción de básicos y seguramente también las pautas de consumo de alimentos en la población urbana en particular. De acuerdo con sus estimaciones, en las áreas urbanas y rurales del país, durante el período 1963 a 1984 la incidencia de pobreza extrema disminuyó sistemáticamente debido a la reducción de la pobreza extrema en las áreas urbanas -que por cierto, cada vez concentraron una mayor proporción de la población nacional. Contrariamente a esta tendencia, la pobreza extrema en el medio rural creció en los sesenta, se redujo en la siguiente década y aumentó nuevamente en los ochenta para alcanzar a poco más de la mitad de la población rural pobre del país.

Sin embargo, con una transferencia de población del campo a las ciudades durante las últimas tres décadas, la importancia absoluta de la pobreza urbana se habría incrementado, para representar -en la primera mitad de los ochenta- el 60% de la población pobre del país (subrayado nuestro). De ahí que pueda concluirse que en términos absolutos el problema de la pobreza tiene en la actualidad una dimensión preferentemente urbana, aunque en las áreas rurales, si bien en números absolutos los pobres son cada vez más pobres.

En su trabajo Jusidman y Manjarrez se refieren a varios aspectos del consumo alimentario de los pobres urbanos en la Ciudad de México. Nos describen la experiencia reciente de la intervención pública a través de la creación de organismos y un marco legal y normativo para atacar el problema de la alimentación en México todo ello en el marco de la crisis y la recesión de la economía que, en la década de los ochenta, afectó a la población de bajos recursos, tanto en el propio ingreso salario como en el consumo (por

efectos inflacionarios).

Estos autores se refieren explícitamente a los trabajos llevados a cabo en el Instituto Nacional del Consumidor (INCO) para conocer el impacto de la crisis en los niveles, estructuras y conductas alimentarias de la población pobre de la Ciudad de México así como al tipo de intervenciones desarrolladas por ese organismo. Destacan la importancia de la difusión de información oportuna y verídica pero más que todo que responda selectivamente a necesidades diferenciadas. En efecto, -dicen- “la población muestra gran aprecio por la información y orientación científicamente fundada en materia de alimentación”, pues este es un asunto que preocupa y ocupa cotidianamente a la mayoría. Sin embargo, los programas y acciones de orientación y educación nutricia y de alimentos, a través de los medios comerciales privados no son precisamente los idóneos pues son indiferenciados y cargados de valores muchas veces ajenos a una comunidad que se distingue por sus diferencias y pluralidad de opiniones y necesidades.

En su trabajo sobre la situación demográfica de México y el avance del Programa Nacional de Población, los funcionarios del Consejo Nacional de Población (CONAPO) resaltan, entre otras, las desigualdades intraurbanas, destacando la marginación, la pobreza y la desnutrición como los indicadores apropiados para medirlas. Señalan que de acuerdo con los datos recientes del INCO, en 1989 los sectores urbanos con menos recursos destinaban hasta 60% de su salario mensual a la compra de alimentos, mientras que los de mayores recursos gastaban sólo 25% de sus ingresos; por otro lado, mientras que los subsidios a productos básicos se reducían la “canasta básica alimentaria” había sufrido fuertes incrementos que alcanzaban hasta 22% anual.

Ante este deterioro de la situación, nos informan que el Estado ha recortado el apoyo de mejoramiento nutricional en cuanto al número de beneficiarios. Así, por ejemplo, si en 1984 se proporcionaron 232 raciones per cápita a 865 mil escolares, en 1990 los datos indican que fueron 4 millones 624 mil personas las beneficiadas pero sólo con 25 raciones per cápita, una reducción dramática de 58% de un año al otro. De aquí que Urbina, Sandoval y Pamplona insistan en el estado de emergencia en que se encuentran los grupos antes beneficiados que ahora se convierten en vulnerables, incluidos adultos y niños.

Según la encuesta de seguimiento que levanta el INCO la población de escasos recursos en la Ciudad de México ha reducido su gasto per capita en alimentos básicos entre 1981 y 1988 en aproximadamente 30%, al tiempo que aumenta la compra de alimentos producidos con harinas refinadas, azúcares o bebidas alcohólicas, algo parecido a lo que indicaron los especialistas cubanos de lo que sucede en su país. En este contexto y con 40% de los 30 millones de mexicanos bajo la línea de pobreza que viven en las ciudades, la alimentación adecuada de la población urbana (y rural en extrema pobreza vid. supra) se convierte en asunto estratégico si se piensa por el lado de la producción de alimentos. Urbina *et al.* indican que así lo reconoce el Programa Nacional de Alimentación (PNA) 1990-1994. El gran reto, como bien lo señalan, es encontrar en las estrategias de los diversos sectores y programas las coincidencias que alienten la colaboración de aquellos en acciones conjuntas e integradas para bien de la población más débil y vulnerable y, desde luego, de aquella que se incluye por el PNA en grupos de riesgo o en estado crítico como es la población cuyos ingresos familiares no les permite cubrir sus necesidades nutricias básicas.

Los mismos políticos reconocen la importancia de medidas sectoriales e institucionales. El asambleista del D.F. Sodi de la Tijera señala con claridad en su visión de conjunto los límites que caracterizan a los mecanismos que rigen el comercio de alimentos al mayoreo y al menudeo en la Ciudad de México. Se requiere introducir una mayor competencia en el mercado mayorista y, en general, tomar acciones para modernizar integralmente el mercado de menudeo en la ciudad. En el caso del primero, Sodi de la Tijera señala que existe una elevada concentración no sólo en la distribución de los productos sino que hace desde la producción de los mismos. Aquí se conforman estructuras únicas de producción-transporte-almacenaje y venta a gran escala que no dan lugar a intermediarismo. De hecho, dice, se trata de una jerarquía de mayoristas frente a los pequeños productores que por no tener acceso a créditos y carecer de insumos, tecnología, lugares de almacenaje, etc. no tienen otra opción que entregar a éstos su producto para que los grandes lo comercialicen en cascada a los compradores de gran volumen.

En cuanto al sistema de comercio de menudeo, Sodi de la Tijera distingue entre el que sirve a los grupos de altos ingresos y que “compite ventajosamente con las cadenas de tiendas más modernas del mundo” y aquella red de comercios en pequeño populares que atienden a las clases pobres de la Ciudad de México. Este subsistema incluye a los tiangueros, mercados sobre ruedas, “tiendas de la esquina”, etc. en las que difícilmente puede esperarse un control sanitario o una tecnología avanzada en el manejo de los alimentos. Y si bien en estos últimos los productos se consiguen más baratos o en “pequeñísimas” y “convenientes” porciones, se trata, como dice el autor, “de productos ‘de tercera’ a precios ‘de segunda’”, lo que aumenta el beneficio de los tenderos al tiempo que pone en riesgo la salud de la clientela.

En el contexto de la privatización (p. ej. CONASUPO) no es claro que una solución de mercado como la que propone Sodi de la Tijera evite mayor concentración o mejore el control sanitario y proteja los intereses de los consumidores. El mismo enfatiza que se requiere mayor participación gubernamental a partir de programas integrales que abarquen desde la producción, obtención del producto de mejor calidad, inversión en infraestructura básica (agua) y capacitación para el manejo higiénico de los productos,

desde que salen del productor hasta que llegan al consumidor final. Esto será -creemos- sólo el comienzo de un proyecto modernizador que eleve la eficiencia pero que reduzca la inequidad en nuestro país.

De nuestra parte, estamos decididos y convencidos de la impostergable tarea de investigar y profundizar en estos aspectos con el fin de apoyar modelos de intervención y políticas que busquen resolver los profundos problemas de nutrición y salud de las mayorías urbanas que preocupan a todos. La síntesis de resultados de las mesas de trabajo aplicando el método Zopp, que incluimos en esta edición junto con los resúmenes de los carteles y el análisis global de éstos presentada por Gross, patentizan también este interés.

El esfuerzo que desplegamos para reunir o hacer llegar la opinión de los organismos es una muestra de lo importante que es que todos participen en las discusiones y proyectos, ya que no solo está en manos de los investigadores, sino que es necesario también la concurrencia del Estado y de las organizaciones no gubernamentales que se hicieron presentes en la reunión.

Con la edición completa de los trabajos, los objetivos de los patrocinadores y de los organizadores de este evento han quedado asentados. Si el mensaje que inspiró la celebración del II Taller Latinoamericano sobre Nutrición y Salud en Areas Urbanas logró internalizarse en aquellos que asistieron al mismo o será asimilado por aquellos que invertirán tiempo en la lectura de este número de Archivos Latinoamericanos de Nutrición buscando elementos teórico-metodológicos para plantearse proyectos de investigación o para diseñar políticas y estrategias de intervención pública o privada, nos sentiremos sumamente satisfechos del esfuerzo desplegado por todos los que nos apoyaron e hicieron posible su realización, incluidos aquellos que lo respaldaron financieramente.